

José María Eguren, Poeta Clásico

POR ESTUARDO NUÑEZ

Nunca como en esta ocasión será mejor probada una expresión de mi gratitud a la Facultad de Letras y a su Instituto de Literatura que me brindan la oportunidad singular de volver sobre un tema amado como pocos, por lo mismo que anduvo en estrecha colindancia con mis años juveniles, en que se mezclaron impulsos de la más pura intención con la vivencia cabal del poeta Eguren y de su obra. Por un extraño designio, al cumplirse en estos días el décimo aniversario de la muerte del poeta, acaecida en abril de 1942, he dado con otro aniversario menos significativo pero ligado a mi circunstancia personal, que por coincidente y por vincularse a la biografía de Eguren, merece señalarse en este momento. Hace veinte años, y también en un mes de abril, en esta misma tribuna y ante un auditorio semejante, en el cual faltan irremediablemente algunas caras fraternas, adictas y queridas, que dispersaron los azares de la vida y de la muerte, pero al cual se agrega ahora el gesto comprensivo y tolerante de nuevos amigos y la devota complacencia de los admiradores del poeta, bajo este mismo techo, defendía el que habla las conclusiones de una disertación universitaria sobre *La Poesía de Eguren*. Al poco tiempo, empezó a circular la edición de ese estudio cuyo único mérito pudo serlo, tal vez, en medio de sus imperfecciones, el haber tratado integralmente la obra poética de Eguren y con un método estilístico completamente nuevo y entonces desusado. Ese pequeño esfuerzo de estudiante recogió la meditación de largas vigiliadas sobre la obra egureniana y no pocas experiencias de su trato personal. Pertenece yo a una generación que sin quererlo había sido lanzada a la arena literaria por Eguren. Eramos todavía estudiantes de escuela secundaria, cuando la casa de Eguren en el Barranco, se abría

acogedora para nuestras inquietantes curiosidades. Al trasponer ese umbral, como si traspusiéramos el espejo alucinante de los cuentos de niños, por donde la sed de infinito y de idealidad que carga la mente infantil, transporta del mundo de la realidad al mundo de la ilusión, ingresábamos a vivir en pocas horas la secuencia extraordinaria y fabulosa de la imaginería poética y de la concepción peculiar de la vida que alentaba cada acto, cada gesto, cada frase de la persona del poeta. Recuerdo la casa soleada que aún existe, en la plazuela de San Francisco, de Barranco, en la que moraban solamente tres personas: el poeta y sus dos hermanas. La estancia en que el poeta recibía, llana y simple, adornaba sus muros con óleos y acuarelas de impecable factura, pintados por el poeta. Libros de su predilección yacían sobre algunas mesas, en actitud de ser usados familiarmente. Sin embargo, aquellos libros no acusaban un deleite bibliográfico ni una determinada predilección. Homero se hallaba al lado de D'Annunzio, Pierre Louys y Baudelaire junto a Goethe, Bécquer o Heine seguidos de Maupassant y de Proust, de Rostand y Octavio Mirabeau. Entre aquellos libros, mayormente de poesías, pocos eran españoles, aunque sin faltar Cervantes y Quevedo, y casi ninguno alemán, con excepción de Wagner y de Nietzsche. Dominaban los franceses de fines del XIX y comienzos del XX. Aquel conglomerado revelaba además, que Eguren estaba atento a las últimas corrientes literarias, que juzgaba con simpatía y comprensión amplísimas, con el mismo entusiasmo paternal y alentador con que recibía cualquier expresión de juvenilidad. Para los jóvenes estaba pronto el préstamo o el obsequio de libros nuevos o revistas recientes que sus amigos y admiradores de todas partes le enviaban religiosamente.

En la dominical tertulia vespertina se congregaban devotos amigos de todas las edades. El poeta comunicaba una especial sintonía a aquellas reuniones, en donde el concurrente se sentía transportado a un mundo de arte y de maravilla que el poeta animaba. Al despedirnos de la casa, transcurrida la tarde, en temprana hora de la noche, sentíamos al transponer de nuevo la puerta, más violento que nunca, el impacto de la prosaica realidad.

Eguren se afanaba por esos años en volcar en dibujos y acuarelas, algunas de las figuras poéticas emergentes de sus poemas. Con un especial encanto, nos fué mostrando domingo a domingo, esas expresiones de su paleta alucinada.

El grupo de visitantes no era homogéneo y antes bien, lo componían personas de variada afición, no siendo pocos los literatos. Pero

el ambiente de esa casa homologaba a los circunstantes en una suerte de unción hacia el arte y las creaciones del espíritu, semejante a aquella reverente y desprendida actitud que adoptan los asistentes a un templo. De la figura del poeta se desprendía un impalpable aire de bondad y de tolerancia esquisitas; sus palabras brotaban con espontaneidad ante los más variados problemas y situaciones, y su punto de vista traslucía un modo siempre original de concebir y sopesar la vida y el mundo. Muchas actitudes de Eguren, que relatadas en otro ambiente llamaban a la sonrisa y al comentario desaprensivo, allí, en esa casa, inspiraban el respeto que merecen las altas expresiones del espíritu, en sus momentos culminantes. Era porque el destino nos deparaba el singular privilegio de juzgar al hombre de genio en su propio ambiente, al hombre creador en toda su integración cultural, al hombre superdotado en la actitud de mirar al mundo con sus ojos distintos y extraordinarios. Por momentos, era el espíritu mismo al que oíamos expresarse, sin elocuencia pero veraz, como desprendido de su envoltura carnal. Su visión del mundo y de la vida respondía a una particular vivencia interior, extraña, insólita, sobrecogedora, inesperada. Pero además, dos seres igualmente extraños acompañaban al poeta en aquella casa, que recordamos como un lugar de ensoñación. Eran sus dos hermanas, la una ligeramente más joven que el poeta y la otra ya anciana, que vivían al unísono, confundidas con los personajes de sus poemas o con las figuras de acuarelas, y como tales, delgadas e impalpables, derrochando bondad y generosidad, sin que brotara jamás ni de ellas ni del poeta la más leve sombra de maledicencia o de reproche. En su conciencia blanca y pura las debilidades de los hombres encontraban siempre justificación infinita y ni siquiera el silencio, que es el arma más extrema de los justos, era esgrimido alguna vez para sancionar la inverecundia o la inconsecuencia. Aquellas hermanas, que podían constituir la encarnación madura o senecta de "la niña de la lámpara azul", emergían con la levedad de personajes poemáticos y alternaban con el poeta en coloquios de fantasía.

Como un rey fabuloso de la poesía, Eguren, en todo aquello que ponía las manos dejaba un sello peculiar o tocaba el resorte de una transformación maravillosa. Recuerdo vivamente cómo logró Eguren la poetización de la fotografía, mediante una cámara minúscula de su invención, de tamaño algo mayor que un dedal y menor que un tapón de botella, manejable sólo por él, desde la mira convencional de un botón de su chaleco. Con ese fantástico adminículo lograba Eguren

unas pequeñísimas pero nítidas placas que reproducían en miniatura paisajes, o retratos de sus amigos dilectos.

Aquellas visitas dejaron imborrable impresión en nuestros años juveniles, pues no sólo tuvimos en ellas la vivencia del poeta y de su obra sino el primer contacto con personajes actuantes de la vida literaria que frecuentaban la amistad de Eguren y con las novísimas corrientes de la cultura en aquella época de transición y de honda crisis espiritual. Un día nos condujo Eguren, a Martín Adán y a mí, a otra casa memorable en la historia cultural del país, la de José Carlos Mariátegui, en que se forjaba, sin amargura y con frescor de vida nueva, la revista *Amauta*. El ambiente, sin duda, era distinto, y no dominaba en él ninguna preocupación esteticista, sin una clara y confesada directiva realista. Sin embargo, Mariátegui no fué ajeno a la serena apreciación del arte, y, con denuedo, se mostró comprensivo como el que más por un arte transido de individualismo genial como el de Eguren o por una emergencia de indiscutible señorío formalista y anárquico como la de Martín Adán. A poco de ese contacto nuestro con Mariátegui, inválido y perseguido, pero indoblegable conductor de renovaciones, *Amauta* lanzaba un número especial destinado a enunciar el renacimiento y la proclamación de Eguren como exponente significativo de nuestras letras.

Por aquellos años, —1926-1928— el patrimonio familiar de Eguren debió recibir agudo quebranto. Nunca salió de sus labios la más ligera alusión a ese suceso triste que en los últimos años de su existencia iba a determinar un desgraciado cambio en su vida, al verse precisado a aceptar un cargo burocrático que mano amiga le brindó para amortiguar la miseria que lo amenazaba. Un domingo nos dimos con la sorpresa de que Eguren ya no moraba en su casa de Barranco. Un nuevo propietario, consolidando acreencias, había liquidado ese refugio amable de poesía. Poco frecuentamos ya a nuestro dilecto amigo en sus últimos años, en que se derruía su frágil, menudo y casi alado cuerpo. A cierta hora de la tarde, solía aparecer por las calles centrales de Lima, caminando a paso ligerísimo, derrochando una locuacidad a veces desorbitada y mostrándose siempre habitante emperdernido de un mundo de fantasía.

En mi tesis de 1932, insistí en tratar en un capítulo, diversos aspectos del paisaje que Eguren plantea. En cuanto a la transposición del

paisaje real, insinué entonces que "la costa (peruana) se diseña en su obra pero sin perfilarse, sin individualizarse como definitiva costa peruana". Los elementos de su experiencia campesina en la juventud, que parecen muy claros en algunos poemas, aunque considerablemente evolucionados, no definen un paisaje reconocible como típico. A tales ideas pude darles un cabal desarrollo, diez años después (1942) con motivo de la muerte del poeta, en número de homenaje de "Mercurio Peruano" (Nº 182) y en un folleto titulado *El Sentimiento de la Naturaleza en la Moderna Poesía del Perú*, (México, 1943). Afirmé allí que el paisaje real no juega en Eguren un papel sustantivo y que lo esencial de la poesía "egureniana" se desenvuelve en un escenario interior, poblado de objetos y creaciones de la más diversa extracción y procedencia". En contraste con otros poetas (como Chocano) en que el paisaje real es inseparable del sentido de su poesía, nada desnaturalizaría la poesía de Eguren si elimináramos de ella esos elementos tomados de la realidad vivida. Esto es un modo de decir, puesto que nada es posible de ser eliminado en una obra de arte sin afectar hondamente su sentido y proporción. Pero esto nos lleva a considerar qué relativo influjo tuvo el medio ambiente en su obra. Más adelante pudimos anotar, no obstante, sólo dos motivos del paisaje real en toda la obra de Eguren, coincidente el uno con su más temprana juventud —el motivo rural, identificable en la hacienda Chuquitanta, reiterado a través de varias composiciones, y el otro, ligado a la etapa de madurez, o sea el motivo urbano de sus últimos años: la calle o la plazuela de Barranco. Eguren decanta los elementos naturales e incluso se aparta de denominaciones vulgares: dice cañaveras en vez de cañaverales; alción en vez de camaronero o martín-pescador, vencejos en vez de golondrinas o "santarrositas". En el sector postrero de su obra, en *Rondinelas*, enfoca alguna vez el panorama de sus ventanas de pueblo que miran a una calle y a una plazuela.

Pero es de anotar que ambas aproximaciones al paisaje real están vinculadas a ciertas situaciones familiares del poeta que determinaron honda pesadumbre íntima, al desgranarse irreparablemente el patrimonio, perdida la finca rústica de sus años mozos, perdida la casa acogedora del balneario amado. He aquí dos situaciones de estirpe romántica, la memoria de lo perdido y ya lejano, muy particulares en su vida que, sin embargo, no definen su poesía. La matizan apenas. Porque Eguren no es un romántico, juzgándolo en función del resto de su obra. Por que en su esencia, en su estructura sustancial, Eguren es un poeta clásico, tanto en el sentido de oposición a lo romántico, como en el sen-

tido de cosa lograda y madura, que tiene carácter ejemplar y contorno significativo.

He aquí planteado el problema de la actitud de Eguren como poeta clásico, dentro de su señorío de originalidad integral y en plenitud que no se logra ni se da de esta misma o de otra suerte, dentro de la poesía peruana precedente. Están latentes en él, como definitorias de su originalidad, en equilibrio muy estable, las dos condiciones señaladas por Pfeiffer: la peculiaridad de la existencia y la capacidad de expresión. En todo el transcurrir de su vida, Eguren adoptó una actitud señera muy particular, que lo hacía diferenciarse por completo de los demás hombres, en cuanto ser en sí y en cuanto sujeto enfrentado al mundo cotidiano. Logró seguir su camino guiado por los impulsos de su sentimiento y de su mentalidad y favorecieron esa resolución, sin duda, su vigor espiritual, su entereza para resistir el impacto de no pocas incomprendiones, hirientes burlas o gestos desdeñosos de gentes filisteas y ayudado por ciertas condiciones económicas favorables que hasta muy entrada su madurez, pudieron mantenerlo al margen de la angustia para cubrir las necesidades comunes de la vida. Pero esa peculiaridad de existencia requirió para objetivarse en obra poética, la capacidad de expresión, y Eguren la poseyó en grado más acusado que ningún poeta anterior en su país. Pudo, así, de un lado, resistir las sugestiones de transigir con los convencionalismos o con la mediocridad, y de otro lado, pudo sobreponerse a ellos gracias al perfecto y puro dominio de los medios expresivos que poseía. En otras páginas he expuesto con paciente análisis, cómo logra Eguren evadirse de fórmulas de lenguaje ya gastadas y cómo irrumpe, en medio de ecos y silencios maravillosos, con palabras que parecen acuñadas de nuevo y que en el fondo yacían arrumadas en el olvido de las reservas del idioma. Eguren comunica nueva forma a palabras gastadas o da nuevas posibilidades de vivir a rutilantes arcaísmos o, a veces, incorpora regionalismos sugestivos a los que llena de levadura poética. Así se explica como logra afirmarse su obra sin la comparsa del proselitismo o el coro insistente de la propaganda, y como sobrepone su línea de creación sobre la masa inerte del conformismo, de la banalidad y del nivel abrumador del filisteísmo.

En medio del desconsuelo que tal vez le produjo la incompreensión que lo acosó en su juventud, y resistiendo al desaliento, el poeta se mantuvo puro y libre. Parecía haber oído la admonición de Holderlin que dice: "Sed libres, los poetas, cual las golondrinas", y convencido de esa necesidad superior del poeta que es la libertad, no dió tregua

a su labor de creación y se infundió siempre nuevos ánimos para resistir el oleaje de todo lo que conspira en el mundo contra la creación y la poesía.

Transido de fé en la creación artística, conciente de su dominio de los medios expresivos, Eguren pudo coronar a lo largo de su vida, desenvuelta al margen de los convencionalismos, una obra poética ejemplar, en la que no se dan aquellas ondulaciones del mérito o del demérito, del acierto o del desacierto, tan frecuentes en otros creadores. No podríamos decir que ninguno de los poemas de Eguren sea muy inferior a otros del mismo autor, ni que alguna composición no tenga sello original suyo, por más que aminore en ella su fuerza de inspiración, ni que alguna estrofa suya se resienta de notoria influencia extraña o que carezca de pleno sentido poético. Esto es significativo sobre todo en la época de Eguren, cuando era usual que los poetas escribieran "a la manera de....." o se mostraran obsecuentes y venialmente cortesanos en el álbum de alguna dama coleccionista de autógrafos o de rimados cumplidos.

Lo accesorio y externo de la vida del poeta tuvo siempre para él una significación interna trascendente, que se volcaba después hacia los demás, trastocada en forma creativa.

Su inspiración se desenvuelve en y para un mundo propio y así mismo original, en el cual transcurren y se enlazan como en una ronda sinfónica, los productos de su fantasía. En ese mundo se recogen todas sus experiencias de la vida, ya despojadas de temporalidad.

La relativa fidelidad de Eguren para incorporar el paisaje real en su obra, afirmada en dos ocasiones extremas de la vida del poeta, la juventud y la senectud, los años de formación y los años del tramonto, nos ilumina para esclarecer el núcleo esencial de su obra situado, suspendido, entre esos dos extremos. El impulso inicial y la inercia final pueden darnos la clave de la posición intermedia y llevarnos clara y firmemente de la mano para ensayar una definición clasicista de su poesía nuclear.

La poesía auténtica ha sido y es y seguirá siendo una suerte diversa de evasión de la realidad cotidiana. El poeta clásico edifica frente a ella una realidad ideal, desprendida de las urgencias vitales y prosaicas, y en esa realidad ideal desenvuelve sus figuras y sus situaciones. Esa realidad ideal, esa "Arcadia" imponderable, llega a ser muchas veces el producto de un convencionalismo estético, que en cierto momento acaba por agotar la espontaneidad y la fluidez vital de la obra creadora. En una isla de encanto y de ingenua placidez, hombres

y mujeres rinden culto a un amor ideal y cortesano desprendido de vulgaridades y prosaísmos, ternezas o violencias. En un prado amable y luminoso se desenvuelve el idilio entre pastores y pastoras, extraordinarios y sabios que hablan y entienden un lenguaje de símbolos e imágenes de la más afortunada y selecta estirpe. El espíritu clásico converge hacia un mundo paradisiaco, del cual se excluyen las torturas, las pesadumbres, los sinsabores, los fracasos de la vida común, y se soslayan igualmente las efusiones sentimentales extremas y las reacciones marcadamente subjetivas.

Agotadas y maltrechas las posibilidades de la actitud clásica, surge la poesía romántica que sustituye esa concepción ideal y "platónica" del paisaje. Pero desde luego, el romántico no se arroja tampoco dentro del prosaísmo de la vida cotidiana, pues la poesía sigue siendo aunque de otra manera, una evasión de la realidad circundante. Lo acosa un sentimiento trágico del existir, una ligazón estrecha con la verdad humana, un solazarse en la tragedia y en la tortura de la vida, una violenta pasión siempre trunca y contrariada. La realidad exacta, realísima, no es tomada objetivamente, sino elaborada a medida de los sentimientos del poeta, que mira su pena y sus tristezas reflejadas en el paisaje, transformado a su imagen y semejanza. A tal punto aparece identificada la naturaleza con el alma del poeta o subordinada a ella, que los mismos paisajes suelen invadir de regocijo y de goce estético a algunos poetas, mientras en otros de la misma escuela y gama producen horribles tormentos, acordes el goce y la tortura con los sentimientos que les embargan. Algún alemán del Romanticismo, la misma Bettina Brentano de la correspondencia con Goethe, llegó a exclamar en una epístola indiscreta: "El que vea mi paisaje, puede ver en mi corazón".

Otras veces en su afán de evadir la realidad común, el romántico acude a un método, a una técnica particular: la lejanía, la evocación de lo que ya no existe.

El romántico se sumerge en el tiempo, en el acontecer, en tanto que el clásico, como se dijo antes, sitúa su mundo fuera de la realidad de todos los días, en un plano de platónica convención de seres y cosas y situaciones idealizadas.

Hemos llegado ya al punto para decidir la definición de José María Eguren como poeta clásico, y naturalmente clásico distinto de los que vieron los años anteriores al siglo XIX. Desde luego, se encuentra en Eguren apenas una decorativa cortesanía, que más es juego de encanto pueril, no obstante una substancial aristocracia que corona to-

La Farda

W espunta por la rambla amarillenta,
donde el puma se acobarda;
viene de lagrimas exenta
la Farda

El la del esqueleto madre,
el puente baja, inescuchada;
y antes que el rondin ladre
a la alborada,
lanza ronca carcajada

y con sus epítalamios rojos,
y sus vacíos ojos
y su extraña belleza
para sin ver, por la tienda bravia,
sin ver que hoy me muero de tristeza
y de monotonía.

Va a la ciudad que duerme parca,
por la yerta avenida,
y sin ver el dolor, distraída
la Farda:

José el. Eguren



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

do su arte. No caben en él alusiones a la mitología clásica, ni sumisión prolija a los dictados de las formas tradicionales o sujeción reverente a preceptos retóricos. Lejos de eso, advertimos su profundo sentido de la libertad en la creación, libertad que sin duda no excluye un orden inconciente aunque pre-establécido que preside su obra desde los primeros hasta los últimos poemas que salieron de su pluma.

Orden y pulcritud aristocrática son virtudes clásicas que Eguren hace compatibles con la libertad artística y con la exclusión de gastos recursos comparativos y figuras retóricas caducas, a las que su temperamento repugna.

Pero no quedan solamente allí sus cualidades clásicas. Alguna vez entramos también a rastrear en el campo de la erótica en la poesía egureniana, para demostrar que en ella no tienen lugar la pasión ni el amor carnal. Sus elementos amatorios no inciden en el campo de la sexualidad. Lejos de ese terreno, su poesía elude el amor pasional, y ni siquiera su inspiración llega alguna vez a aproximarse a la isla de Citera, en que se encierra la convención amatoria de los clásicos, ni tampoco invade los prados cercados en que prosperan los idilios pastoriles. Un recato sutil, que se halla tan lejos de la pacatería como del ordenado convencionalismo amoroso de los clásicos, preside en su obra, situada en este aspecto más que en ningún otro, a una distancia sideral de aquella mórbida inclinación afectiva de los románticos, declamatoria y frustánea pero insistente y libidinosa. Eguren no traspuso nunca esa linde de lo erótico, en sus únicas figuras femeninas, "la blanca" y la "niña azul", representativas respectivamente de la coquetería intrascendente y de la ingenuidad ideal.

Conjugando esa ausencia de lo pasional, radica en Eguren una afición por los temas infantiles e ingenuos, asexualizados, puros, sin "morbidezza" alguna. Tampoco la muerte o el tema de lo fúnebre, adopta un tinte de morbosidad. A lo sumo toma el carácter de un marco sugestivo para rodear de misterio alguna de sus producciones. He aquí otras calidades que lo definen como un poeta clásico, en quien se dá una euritmia suprema, un equilibrio y una ponderación tan particulares de su obra, firmemente enrumbada a una armonía ejemplar.

Pero debo adelantarme a las posibles objeciones. De un lado, frente al paisaje, en dos polos de vida, en la juventud y en la madurez extrema, emerge de su vena lírica la nostalgia de las cosas perdidas para siempre: la heredad paterna y la casa pueblerina en que transcurrieron años felices de su vida. De otro lado, alguna vez acoge el

tópico de la lejanía, en tierras lejanas, como la Germania de la Walkyria o el noble Nibelungo. Finalmente, asoma el misterio, la angustiada incógnita de "el cuarto cerrado" o la atmósfera tenebrosa de "Noche I", "Noche II" y "Noche III". Podrían invocarse estos elementos de innegable estirpe romántica, para hacer deleznable la tesis del clasicismo del poeta. Ensayo responder humildemente a estos argumentos cargados de aparente valor crítico. Aquellos son momentos aislados y si bien se miran, no son representativos de su obra. Responden a cierto influjo de lecturas asimiladas, de autores próximos por diversos conceptos a su temperamento. Apesar de esos aspectos anotados, Eguren sigue siendo un poeta clásico, pero un clásico del siglo XX. Un clásico que ha pasado por la experiencia del romanticismo y del simbolismo. No es un clásico dieciochesco, sino un clásico depurado, que no fué hechura de la oposición o la querrela de bandería entre clásicos y románticos, a comienzos del siglo pasado. Un clásico sustancial y no de escuela o capilla. Eguren había leído a Heine, a Baudelaire y a Poe. No pudo ni debió ser extraño al preclaro legado que nos han dejado aquellos espíritus selectos, en cuanto delicadeza lírica, en cuanto sutileza de medios, en cuanto selección de temas, en cuanto evocación de irrealidades, en cuanto añoranza de lejanas inspiraciones.

Eguren adhería a las más calificadas corrientes estéticas y no podía ser impermeable a las sustantivas conquistas alcanzadas por el romanticismo de la mejor estirpe. Asimiló la más depurada técnica romántica, que subsiste gracias a su altura lírica, a su rigor estético, más que por su efusión sentimental o su alarde innovador. Están presentidos, sin duda, el depurado gusto selectivo de Heine, con sus delicadas evocaciones germanistas; la virtud expresiva de Baudelaire antes que su delectación macabra y morbosa, y la técnica maestra de la "totalidad de efectos" del autor de "El Cuervo". Eguren demuestra alta jerarquía de creador en su asimilación genial de estos representantes que no por serlo del romanticismo, dejaron de imprimir huella perdurable para toda la lírica contemporánea, más allá de escuelas o de tendencias. Sin duda, Eguren asimiló de ellos —románticos clasificados— el puro y prístino fondo clasicista.

Eguren fué un creador de líricas y míticas convenciones, que llenan su mundo maravilloso, impermeable a la rudeza de la realidad cotidiana. Dentro de ellas, creó unos personajes ideales, llenos de fantásticas posibilidades, de exótica brillantez, de prestancia estética inusitada y de firme contenido anímico. De tal modo fabuloso, su mundo resulta una nueva y remozada "Arcadia" poblada de seres maravillo-

sos y sugerentes, en cuyo contacto olvidamos las estrecheces, las miserias y los sinsabores de la diaria existencia. Eguren, clásico sustancial, resulta un refugio de ensueños y de sorpresas cautivadoras, y su poesía constituye un solaz para los niños y los hombres, quienes a medida que el tiempo pasa, suelen comprenderlo mejor y en toda su grandeza de creador de auténtica poesía.

Nació predestinado para la creación artística y puede decirse sin hipérbole que vivió y murió en olor de poesía.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»